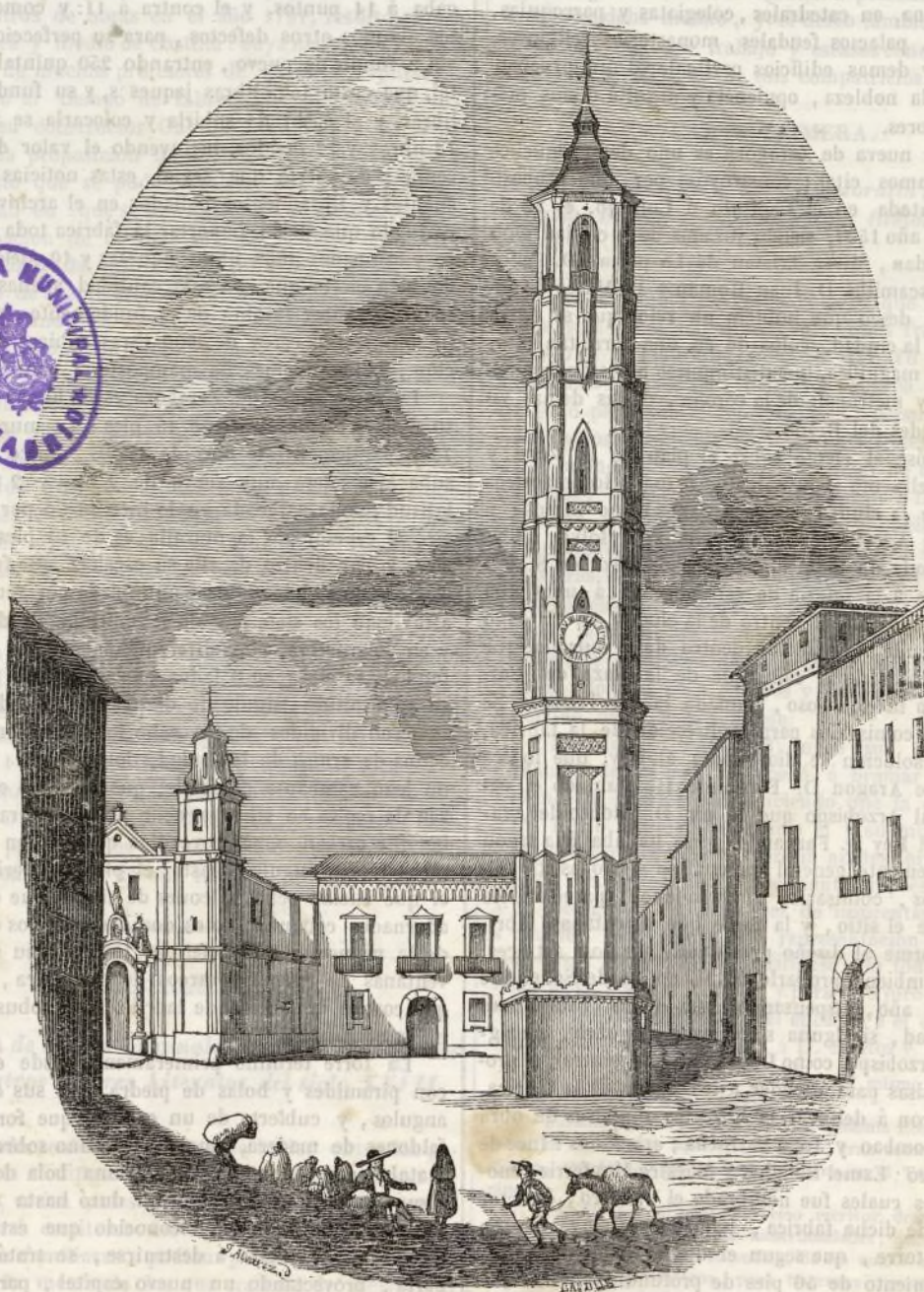


ESPAÑA PINTORESCA.



La Torre Nueva de Zaragoza.

AÑO IX. — 11 DE FEBRERO DE 1844.

LA TORRE NUEVA DE ZARAGOZA.

No es Aragon ciertamente el Reino que menos monumentos artísticos pueda presentar, dignos de llamar la atencion de los sábios y de los aficionados á nuestras antigüedades y bellas artes. Por do quiera se admiran pinturas de los mejores artistas nacionales y extranjeros, obras magníficas de las arquitecturas gótica, árabe, y romana, en catedrales, colegiatas y parroquias, en castillos, palacios feudales, monasterios religiosos, panteones y demas edificios particulares que prueban claramente la nobleza, opulencia y orgullo de sus primitivos Señores.

Le torre nueva de Zaragoza es uno de los muchos que pudiéramos citar: construyóse por una proposicion presentada en el Capítulo ó Concejo, el 22 de Agosto del año 1504, siendo jurados de la ciudad Don Ramon Cerdan, Micer Tristan de La-porta, D. Pedro Perez de Escamilla, D. Juan Roman y D. Mateo de Soria, con el deseo que hubiera un reloj que se oyera desde toda la ciudad, colocado en una torre tan alta, adornada y magnífica, que distinguiese á Zaragoza, como cabeza y metrópoli de la corona, de las demas villas y ciudades del Reino.

Consultóse al efecto sobre el plan de la torre y sitio para ella ma conveniente, á todos los maestros de obra de la ciudad, asi cristianos como moros; y en el 31 de Agosto del mismo año se resolvió fabricarla separada de todo edificio, en la plaza de S. Felipe, frente á la iglesia de este nombre, á unas 100 varas de donde está el centro de la ciudad, en el plano que comprende los edificios dentro de la muralla, que es en el tercio de la calle que de la plaza del Carbon llega á la del Coso, llamada la del Trenque. Se nombraron comisarios para la direccion de la fábrica, de cuya resolucion se dió cuenta al Rey, que lo era entonces de Aragon D. Fernando II, llamado el católico, y al Arzobispo que lo era D. Alonso de Aragon hijo del Rey D. Fernando, y se hallaba á la sazón de Lugar teniente general; el cual se sirvió asistir con los jurados, comisarios y ciudadanos, pareciéndole conveniente el sitio, y la torre que intentaban fabricar, conforme al diseño presentado por los artífices: dignóse tambien aprobarlo S. M. en 28 de Setiembre del mismo año, dispensando hasta de las ordinaciones de la ciudad, si alguna se opusiese á la obra, consignando al Arzobispo, como Lugar teniente general, el producto de sisas para atender á los gastos de la fábrica.

Asistieron á delinear la torre los maestros de obra Gabriel Gombao y Juan Sariñena, cristianos: Ince de Gali, hebreo: Ezmel Ballabar y Maestre Monferriz, moros; de los cuales fue nombrado el primero, director principal de dicha fabrica, habiéndose convenido en edificar la torre, que segun el diseño debia tener sobre un cimiento de 56 pies de profundidad, una elevacion de 297 desde el pavimento hasta la cruz. Se contrató al mismo tiempo con Mastre Jaime Ferrer vecino de Lérida, la fundicion de dos campanas para el reloj, una para señalar la hora y otra los cuartos; dán-

dolas corrientes las dos por 100 florines, que correspondian á 1600 sueldos.

Quedó concluida la obra toda en 15 meses; pero habiendole notado algunos defectos en el capitel, arazon del reloj, y deformidad de las campanas, para corregirla y añadir varios adornos que se tuvieron por precisos, duró la fábrica por todo el año de 1512.

Las campanas se habian colocado en 13 de Noviembre del año 1508; el sonido de la grande, el tenor, llegaba á 14 puntos, y el contra á 11: y como le notasen algunos otros defectos, para su perfeccion se volvió á fundir de nuevo, entrando 250 quintales de metal, que costó 1535 libras jaques, y su fundicion 250 libras, y el gasto de subirla y colocarla se ajustó en 74 libras y 12 sueldos, incluyendo el valor de las maromas; de suerte que segun estas noticias y demas cuentas y libramientos hallados en el archivo, se hace juicio que debió importar la fábrica toda de la torre y campanas 4668 libras jaquesas y 10 sueldos; siendo bien cierto que con esta cantidad apenas se podria en el dia hacer la obra de su fundamento, para el que fueron precisas cerca de 3000 varas cúbicas de escavacion, y las mismas de mamposteria para su sólido.

La torre nueva de Zaragoza es de figura octógona; su diametro mayor tiene 45 pies; su muro interior 7, y paralelo á este otro de 3 pies, entre los cuales sube la escalera muy suave de 4 pies y 2 tercios de latitud, toda sargeada en lo interior; ó por mejor decir, el espesor de la muralla es de 14 pies y 2 tercios, y por dentro de ella su escalera que forma una espiral con suficiente luz comunicada por ventanas que atraviesan los siete pies de la muralla. Es de ladrillo, y en su exterior, con diferentes labores en reales y fondos, se eleva en 8 lados hasta los dos tercios de su total altura, siguiendo despues en 16 lados que estuvieron divididos de los ocho inferiores con ocho escudos de armas de la ciudad, donde se veia de relieve un leon rampante coronado, que ahora no está, y sirven de repisa en su lugar ocho piedras labradas, sobre las que cargan ocho torrecillas que siguen formando otros tantos ángulos hasta el plano superior, desde el que vuelan ocho balcones de hierro, que estuvieron adornados con unas bolas doradas, en los ocho lados de la primera planta referida, teniendo su salida por ventanas de hermosos arcos de herradura, sobre los que corona la fábrica de ladrillo una robusta y magnífica cornisa.

La torre terminó primeramente desde esta altura con pirámides y bolas de piedra, con sus diez y seis ángulos, y cubierta de un capitel que formaba dos faldones de madera, emplomados uno sobre otro: remataba con una cruz veleta, una bola dorada y la camara para los cuartos. Asi duró hasta el año de 1749, en que habiendo reconocido que esta cubierta estaba muy espuesta á destruirse, se trató de derribarla, proyectando un nuevo capitel, para lo cual se aprobó y ejecutó entre los muchos planos graciosos que se presentaron, el que existe en la actualidad, que consiete en una cubierta de tres cuerpos, emplomada, y concluye con la espiga en la que está

colocada la campana para los cuartos, que tiene cuatro palmos y medio de diámetro, y seis y medio de altura, una bola y un arpon dorados, y luego la cruz; resultando de esta mutación habérsele aumentado 15 pies de altura á la torre, siendo ahora 312 pies castellanos el total de su elevación.

A primera vista se nota una inclinacion grande en la torre por la parte del S. O., y que examinada por los maestros de obras en el año 1791, resultó ser de nueve pies y medio de Castilla: cuya inclinacion, segun opinion de muchos profesores de adquirida reputacion, se le dió al tiempo de fabricarla, para hacerse mas célebre su constructor Gabriel Gombao, y no es admisible la proposicion de aquellos que dicen, que es un defecto que se pudo motivar por la desigualdad del terreno en que se fabricaron los cimientos, porque la inclinacion de la torre solo se advierte á unas tres varas encima del pavimento, y sigue inclinada hasta poco mas de dos tercios de su total altura, desde donde continuando en línea recta, concluye el tercio siguiente sin ninguna inclinacion.

La torre nueva tiene recuerdos en la historia de nuestra independencia, que jamás podran olvidar los verdaderos españoles, y que eternamente serán agradables á los habitantes de esta siempre heroica ciudad. En los dos sitios que sufrió en la guerra de la independencia, la campana mayor de la torre nueva daba uno ó dos golpes para cada granada ó bomba que disparaban los enemigos, y esta era la señal de esconderse cada uno, y por consiguiente librarse de la furia del ejército sitiador.

En la presente guerra, colocada hasta poco tiempo hace una guardia de bomberos de la milicia nacional en los balcones de la torre, desde donde se descubre una circunferencia de diez y seis y tal vez de veinte leguas, agradable, hermosa y quizá la mas pintoresca de Europa, observaba los movimientos que la faccion pudiera hacer hacia esta parte, y servia por consiguiente para que los demas ciudadanos descansasen pacíficos en el seno de sus familias.

LITERATURA.

Coleccion de cartas originales inéditas de algunos de nuestros mejores Literatos del siglo XVIII.

Habiendo tenido la fortuna de hallar entre los papeles de un distinguido literato que tuve precision de examinar, varias cartas originales de algunos de nuestros mejores escritores del siglo XVIII, que aunque meramente familiares, podian prestar muchas luces, é ilustrar la mente de los que tratasen de escribir la historia literaria de aquellos tiempos, ó de comentar algunas de las obras de tan distinguidos escritores; he creido hacer un bien á el público, ofreciéndole una coleccion de las mas instructivas, y animado tambien por el deseo de complacer á algunos literatos, que

habiendo tenido ocasion de examinarlas, me han hecho de ellas un elogio superior aun, á el que yo tenia formado.

Con este motivo, é ilustradas con las noticias que he podido adquirir, y con las que mis escasas luces é instruccion me han suministrado, ofrezco á el público esta coleccion, en cuya publicidad no he tenido otro objeto, que el deseo de agradar á personas respetables á quienes debo mucho, y el deseo tambien de poder contribuir con mi trabajo y escasos conocimientos, á la mayor ilustracion de mis compatriotas.

CARTA PRIMERA.

De D. Leandro Fernandez de Moratin, á D. Juan Pablo Forner, enviándole su titulada COMEDIA NUEVA (1).

« Ahí te embio esa comedia para que si quieres la « leas y si quieres tambien, me digas francamente lo « bueno y lo malo que hallas en ella. Yo la tenia con- « cluida dos meses ha, pero no pensaba en dar paso « alguno para que la representasen, persuadido de que « no era posible que los cómicos se atreviesen á echar- « la: cuando cádate que las trompetas de mi fama, los « Loches, los Tejadas etc, comienzan á trompetear y « á decir por esas esquinas que yo habia compuesto « la comedia mas exorbitante que jamás se ha bisto, « y vieras venir á porfia los Queroles, los Garciguels, « los Valleses, los Riberas y las dulces Juanas (2) pidién- « dome comedia de finojos y desmelenado el cabello. « Léisela y quedaron desparrados: la estudiaron con « ansia, los amolé á ensayos y saqué de ellos todo el « partido que sacarse puede.

« Tu cliente Comella (3) luego que supo que se « trataba de echarla, empezó á bramar y alborotar « como un desesperado, diciendo que la comedia era « un libelo infamatorio contra él y su muger y su hi- « ja la tuerta, y que yo merecia azotes, presidios y ga- « leras etc. Presentó un pedimento al presidente, otro « al corregidor, otro al juez de imprentas, y otro al « vicario, para estorbar la representacion é impresion « de ella: pidiendo se me castigase con todo el rigor de « las leyes por ser justicia, y para ello juro etc.

« El presidente cometió el encargo á el corregidor y « este nombró por censores á D. Santos y á D. Miguel

(1) En todas estas cartas, se seguirá el mismo sistema ortográfico con que se hallan escritas.

(2) Mariano Querol, Juana García, Polonia Rochel, Rivera y todos los demas que aqui cita Moratin, eran actores de bastante mérito, que trabajaban en aquella época en el Teatro del Principe.

(3) Comella fue el mas perverso escritor dramático del siglo XVIII, y tan fecundo en mostruosidades, que tenia plagado el Teatro de sus pésimas comedias, de las cuales aun han llegado algunas hasta nosotros, para hacernos conocer su perverso ingenio, y su pedante arrogancia. Por esta causa se oponia á que se ejecutase en el Teatro ninguna comedia que no fuese suya, y no costó poco al reformador del nuestro, conseguir la representacion de las suyas, principalmente la que es objeto de esta carta, en la que intentó Moratin desterrar del Teatro por medio del ridiculo, tanta maldita comedia como habian abortado los pedantes ingenios de Comella, Zabala.

« de Manuel, ambos dieron su informe separadamente
« y segun ellos, era menester canonizarme; al mismo
« tiempo el Consejo embió la comedia á Valbuena, que
« tambien la aprobó redondamente; y entretanto, el
« vicario mi señor (mal informado de escribientes y pa-
« jezuelos ganados por Comella), se obstinó en no dar
« el pase y detenerla, no obstante que era ya precisamente
« la vispera del dia en que devía representarse. No es
« posible decirte cuanto me hicieron rechinar estas pi-
« cardias: pero en fin.

El dia se vió distinto
y al fin triunfó Cárlos V
del poder de Barbarroja.

« El corregidor la despachó bien, el vicario se vió
« precisado á soltarla, el Consejo permitió la impresion
« y se representó el dia siete (4).

« La turba multa de los chorizos, (5) los pedantes,
« los críticos de esquina, los autorcillos famélicos, y
« sus partidarios, ocuparon una gran parte del patio y
« los extremos de las gradas; todo fue bien, el
« público aplaudió donde era menester: pero cuando
« en el segundo acto habla D. Serapio de los pimien-
« tos en vinagre, (6) fue tal la conmocion de la plevé
« choriza y el rumor que empezó á levantarse, que
« yo temí que daban con la comedia y conmigo en
« los infiernos; pero los que no comen pimientos los
« hicieron callar y sufrir y se acabó la representacion
« con un apluso general, que bastó á vengarme de
« los trabajos padecidos.

« No obstante como se desató tanto demonio por ca-
« lles y rincones diciendo pestes de ella, quedó in-
« cierto su crédito en el primer dia; pero el éxito del
« segundo asi como el de los siete que duró fue tan
« completo, que excedió á las esperanzas que todos
« teníamos y fue superior sin duda á el que tuvo D.
« Roque (7).

« La egecucion fue bastante buena, y la Juana la
« frigidísima y yerta Juana hizo maravillas: admiró
« en su papel á quantos la oyeron, y á cada paso le in-
« terrumpian con aplausos.

(4) Esta comedia sufrió hasta cinco censuras antes de ejecutar-
se, pero al fin el dia 7 de Febrero de 1792 se representó, ha-
biendo merecido la aprobacion de todos sus censores.

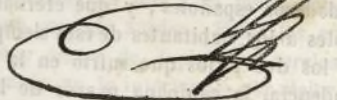
(5) Tres eran los partidos dramáticos ó mejor dicho teatrales,
que se agitaban en la Corte en aquel tiempo; uno llamado el de
los chorizos, que defendía las comedias que se ejecutaban en la
Cruz, y criticaba las que se representaban en el Príncipe, sin
atender á su poco ó mucho mérito literario. El otro partido lla-
mado el de los Polacos, porque era su gefe el P. Polaco, trini-
tario descalzo, defendía las comedias del Príncipe y criticaba las
de la Cruz; finalmente los que gustaban de las comedias que se
ejecutaban en el Teatro de los Caños del Peral, tomaron el nom-
bre de Panduros. Todos tenían su gefe y una señal que los dis-
tinguía unos de otros. El siglo XVIII fue siglo de partidos dra-
máticos y literarios, tan encarnizados, que tuvo el Gobierno
mas de una vez que poner coto á estas demasias. En esto per-
dian el tiempo, y disipaban el ingenio y el talento tan buenos
escritores. A el partido Polaco pertenecian Moratin, Forner,
Melendez y otros, y á el Chorizo, Huerta, Zabala, Comella y
y otros varios.

(6) La comedia nueva acto segundo, escena primera.

« Esto es cuanto hay que decir acerca de la tal co-
« media, puesto que los delirios y vaciedades que se
« oyen por ahí en boca del pestilente Nifo, (8) el pá-
« lido Higuera, Concha, Zabala, y la demas garu-
« lla de insensatos, son buenos para oidos pero fas-
« tidiosos de escribirse: lo restante del público la ha
« recibido con mucho entusiasmo, la gente bien in-
« tencionada piensa que una obra como esta, debía
« causar la reforma del teatro; pero yo creo que se-
« guirá como hasta aquí: y que Comella gozará en paz
« de su corona dramática. (9)

« Ayer fui á un baile que dió la madre Mariana.
« Arbuxec fue bastonero, estubo D. Agustinito, Cor-
« dero, los Moyorgas, Vinagrillo etc. toda la canalla po-
« laca y me divertí hasta las once, que viendo que
« no estabais tu ni Bernabeu, sentí la falta y me vine
« á dormir.

« Pasalo bien: no ahorques á nadie y haz hijos
« que es lo mejor que puede hacer un fiscal. A Dios.
« Hoy 22 (10).

Seandno Moratin


(7) Alude á su comedia *el Viejo y la Niña*, que se representó
en 22 de Mayo de 1790 con general aplauso.

(8) D. Francisco Mariano Nifo, á quien solian dar tambien los
epítetos de D. Faustino, Lupino, y otros, pertenecía á el llama-
do partido chorizo, y era un escritor de bastante poco mérito,
pero empeñado á toda costa en escribir, careciendo de ingenio,
de talento, y de instruccion; por eso Forner en una de sus sa-
tiras habla de él de este modo:

¿Ves al triste Lupino con mil penas
Abortando misiones semanales,
Atado á ser autor cual con cadenas?

(9) Prueba irrefragable de que no es siempre el público,
como decia Iriarte, el verdadero é imparcial juez de las com-
posiciones dramáticas. El público estaba acostumbrado á las
sandezas de Comella, y recibía mal las regulares y bien ordena-
das de Moratin. Este mal gusto del público en muchas épocas,
ha contribuido no poco á la decadencia de nuestra literatura,
de nuestro Teatro, y aun de las artes. Lope hubiera sido sin
duda mejor poeta dramático, si no hubiese hallado un públi-
co tan acostumbrado á monstruosidades, y á que se le hablase en
necio como él mismo decia; y como por lo comun son mas fáciles
de componer las comedias desatinadas que las arregladas y ve-
rosimiles, hay pocos que empleen mucho tiempo y estudio en
la composicion de un drama, que ha de gustar mas desareglado
y sin aliño.

(10) Esta carta debió escribirse el 22 de Febrero de 1792, pues-
to que, el dia 7 de dicho mes y año, como hemos dicho ya,
se ejecutó por primera vez en el Teatro del Príncipe *La comedia
nueva*.

(Se continuará.)

L. VILLANUEVA.

ARMERIA REAL DE MADRID.



ARMADURA DE FELIPE II A CABALLO.

Si hemos de dar crédito á la tradicion, esta armadura es la que Felipe II, hijo de Carlos V, y de Isabel de Portugal, llevaba puesta cuando en el sitio de S. Quintin, dirigido por Filiberto Emanuel, Duque de Saboya, quiso presentarse á las tropas antes del asalto general que le abrió las puertas de aquella ciudad, defendida durante diez y siete dias por Coligni, con admirable valor. Esta armadura pertenecería pues á la mitad del siglo XVI, y tiene en efecto los caracteres de aquella época. Sus adornos son de una estremada finura y hermosa egecucion. El casco sobre todo, la manopla, la rodillera, y la parte de la armadura que cubre el cuello del pie, parecen trabajadas con mucho cuidado. Debe notarse como una particularidad curiosa, la especie de cuernos encorvados que cubren la parte superior de la cabeza del caballo; en cuanto al penacho que adorna el casco del Rey, es evidentemente de una época posterior á aquel y á la armadura, y se ha tenido poco gusto en ponerlo.

Felipe II murió en 1598, y pueden consultarse sobre su vida los historiadores Sepúlveda y Antonio Herrera.

LEYENDA HISTORICA.

HERNANDO DE CÓRDOBA, EL VEINTICUATRO (I).

Llegado D. Jorge á la Côte, fue uno de sus primeros cuidados visitar á D. Hernando: dióle nuevas de su muger y de su casa, informóle del estado en que quedaba la ciudad, pero la noticia mas importante, la que mas cumpliera saber á D. Jorge, esa Hernando la calló. Escusado es decir que tuvo cuidado de no llevar el anillo á estas entrevistas, porque precauciones hay que ni el mas desprevenido olvida. No fue tan prudente al presentarse al Monarca; el mal avisado caballero creyó que distraida su alta comprension con los arduos proyectos que le ocupaban, no pondria mientes en cosa tan insignificante como el adorno de sus manos: para su mal no fue asi; al tiempo de besar la mano del Rey, este observó dos diamantes que en la de Don Jorge brillaban. Conociólos: mas como prudente y disimulado nada dijo.

Al dia siguiente paseaban D. Hernando y el Rey de Castilla por una sala del Regio Alcázar, y despues de haberse entretenido con asuntos de política, y de guerra, y con los nuevos proyectos del Monarca, vino á recaer la conversacion en la llegada del Comendador Cordobés. « Por cierto, dijo, el Rey que su venida me ha revelado una cosa de que nunca os creí capaz, Don Hernando; nunca juzgué que me engañárais, nunca pensé tuvieseis en poca estima mi persona.»

Turbado el Veinticuatro con esta brusca salida, miraba confuso al Rey, esperando adivinar en su semblante el ignorado motivo de ella. «¿D. Hernando, le dijo este, qué habeis hecho del anillo que en señal de mi aprecio os doné? Deciaisme que vuestra muger le llevaba, y cierto que en la esposa de un caballero cual vos, no estuviera mal empleado, pero me habeis engañado; no es en las manos de Doña Beatriz sino en las de un caballero, que por estimado que os fuese, nunca debería serlo tanto como yo, en la que se ostenta. Vuestro primo D. Jorge luce las mercedes de vuestro Rey.» Como petrificado quedó D. Hernando al escuchar las reconvenciones del Monarca. En un momento nacieron, y tomaron cuerpo en su imagicion las mas crueles sospechas. En un momento adivinó su deshonra, y pálido, y desconcertado se limitó á tartamudear algunas palabras, porque la cólera, ni disculparse le permitia, y solicitó del Rey el permiso para regresar al momento á Córdoba. «Yo os daré, Señor, dijo, satisfaccion tan cumplida, que su memoria dure tanto como vuestro nombre.» El Rey penetró el amargo dolor de D. Hernando, no quiso agravarle con una nueva repulsa, y así con semblante tranquilo, y pesaroso tal vez de la afliccion que le habia causado, otorgó la merced pedida. Pocos minutos despues, el Veinticuatro atravesaba el Tajo, y tomaba el camino de Córdoba.

(I) Véase el numero anterior.

Triste, y silencioso regresó por él, el que meses antes le había atravesado lleno de ilusiones. La sospecha de su deshonor, el temor de que fuese conocido ya en la ciudad, le mortificaba cruelmente. Hacíanse siglos los días, el paso veloz de sus caballos pareciale de tortuga, no daba descanso á su cuerpo ni tregua á su dolor. Cansado, fatigado, agotadas casi las fuerzas de tanto sufrir y padecer, entró por las puertas de su casa en la que su inesperada llegada causó la mayor sorpresa.

Pages, criados, doncellas todos se pusieron en movimiento, todos se apresuraban á salir al encuentro á su Señor, haciendo mil extremos de alegría. Ni en lo uno, ni en otro fue la última Doña Beatriz, que en medio de las fingidas muestras de un arrebatado contento, procuraba con sobresaltada mente, é inquieta conciencia adivinar en el semblante de su esposo si alguna noticia, ó alguna sospecha de sus devaneos era el motivo de tan súbito regreso.

Mas era D. Hernando demasiado prudente para vender su secreto; llegado á punto de descubrir la verdad, todavía creia mancillado su honor si algun mortal era sabedor de sus angustias. Disimuló como prudente, y consagró toda su atencion á descubrir por sí, con sagacidad y maña, lo que no quisiera saber por otro. Observaba las menores acciones de su esposa, procuraba imponerse en las conversaciones y entretenimientos de las antecámaras, crisol en aquella época del que pocas veces la honra de los señores salia ilesa, pero jamás dió la cara, nunca hizo la menor pregunta, jamas mostró á nadie su desconfianza.

Sin embargo, las cartas del esclavo, que cuando las recibió pasaron desapercibidas, no pudieron menos de presentarse ahora con fuerza á la memoria. Aquella urgencia, aquella instancia con que le rogaba que cuanto antes diese la vuelta á su casa ¿de que procedia? ¿No podia encontrarse mas lealtad, en quien desde que vió la luz primera habia crecido á la sombra de D. Hernando, que en los demas sirvientes, gente al fin allegadiza, y que ordinariamente paga con injurias los beneficios? Encerrose pues con el un día en una habitacion, y despues de un corto preludio con que procuró distraerle del verdadero motivo de su diligencia, le exigió que le manifestara el que á escribirle las cartas le habia impulsado.

Turbóse, y vaciló Rodrigo, pero apremiado por su Señor comenzó á referir los desmanes de que durante su ausencia su casa habia sido teatro. D. Hernando le escuchaba con el mayor silencio; su semblante contraindo apenas daba la menor señal de interés, por el relato que haciéndose estaba, cuando de repente exclamó, basta; y reclinando la cabeza sobre el pecho permaneció algunos instantes sumergido en la mas profunda meditacion. Dirigiéndose, despues al esclavo le dijo: «si guardas silencio sobre lo que aqui ha ocurrido, de hoy mas no seré tu Señor sino tu amigo: pero ¡ay de ti! si revelases lo mas mínimo: tu cabeza será responsable de la menor palabra.» Desde aquel día Don Hernando se ocupó solo de hacer mas segura su venganza.

Bien pronto se le presentó la ocasion. D. Jorge que como dijimos, quedó en Toledo á la salida de D. Hernando, regresó poco despues que este á Cordoba: por el mismo tiempo vino de Sevilla otro hermano suyo llamado D. Fernando, que como él vestia el hábito de Calatrava, y como él era Comendador del Moral en la misma órden. D. Jorge, pues, y D. Fernando fueron admitidos con la misma franqueza en casa del Veinticuatro, el cual disimuló diestramente el encono que en su pecho abrigaba, y la horrible satisfaccion que meditaba. Mas antes de llevarla á cabo, quiso cerciorarse completamente de su daño, esperando á que sus proyectos estuviesen tan justificados que todos viesesen en ellos no un atentado, sino la justa vindicacion del honor ofendido. Al efecto convidó á comer un día á sus primos, queriendo añadir esta prueba de aprecio á las que anteriormente les tenia dadas. No salió mal este ardid á D. Hernando. La franqueza que naturalmente reina en la mesa, hizo bien pronto olvidar la circunspeccion estremada que desde su vuelta habian guardado D. Jorge, y Doña Beatriz. Los ojos revelaron lo que los pechos abrigaban. Ciertamente D. Hernando de su ofensa, no esperó á mas.

Al levantarse de la mesa, la conversacion rodó naturalmente sobre la caza. Despues de la guerra, esta era el ejercicio favorito de los caballeros de aquel tiempo. D. Hernando le tenia especial aficion, y con frecuencia solia practicarle. Ordenó, pues sobre la marcha una montería, mandando que todo estuviese pronto para salir dentro de algunos instantes. Cinco días debia de durar la diversion.

Escusáronse de asistir á ella los Comendadores, alegando pretestos diferentes que D. Hernando fingió aceptar de buen grado. Despidiéronse, y mientras el salia por la Puerta del Rincon dirigiéndose á unos bosques espesos, y abundantes de caza que habia en el parage en que hoy se halla Trassierra, ellos tomaban el camino del Palacio Episcopal en que vivian, despues de haberse despedido afectuosamente. Loco de placer llegó al Palacio D. Jorge: pareciale un sueño la facilidad con que se le presentaba la ocasion de hablar á solas á Doña Beatriz, que tanto ansiaba desde su vuelta de Toledo, y que en vano habia procurado por mil medios. Su enagenamiento era tal, que no se creyó bastante afortunado sino informaba de su dicha á su hermano. Refirióle pues la historia de sus amores, le manifestó los proyectos que pensaba realizar durante la ausencia del Veinticuatro, y para mayor goce (que tal es de ordinario la condicion lastimosa de los amantes) le invitó á que tomara parte en ellos. Era la confidente de los secretos de D. Jorge, y Doña Beatriz, una doncella llamada Ana, de buena figura, y mejor disposicion, y á la cual la persona de D. Fernando no le era del todo indiferente. Tampoco este miraba á Ana con malos ojos. De esta ocasion se asió D. Jorge para acabar de decidir á su hermano á que le acompañara en sus estravios, pintándole como cosa haciera el que consiguiese los favores de la moza, mientras él disfrutaba los de la Señora. Para mayor seguridad resolvió que les acompañase un escudero llama-

do Galindo, quedando acordado que los tres pasarían aquella noche en casa del Veinticuatro.

Muy diferentes pensamientos ocupaban entretanto el afligido espíritu de este; adivinando los desórdenes que en su daño se tramaban, no bien se hubo apartado á alguna distancia de la ciudad, cuando pretestando una ligera indisposición, ordenó á la comitiva que le seguía que continuase el camino, y el se detuvo con su fiel esclavo. Se levantaba en aquel parage al lado de la senda un pequeño montecillo poblado de altos, y espesos matorrales. En ellos se ocultaron los dos, y allí permanecieron hasta la media noche.

Llegada esta, tomaron de nuevo sus caballos, y retrocedieron á Córdoba. Al aproximarse á la ciudad los dejaron entregados á un molinero que habitaba en un molinillo cercano á las murallas; y aproximándose reconociéndolas, encontraron un estrecho portillo, por el cual penetraron, sin ser sentidos, en el pueblo.

Despacio, y en silencio atravesaron algunas calles sin ser apercebidos ni encontrar alma viviente, hasta que llegaron á la casa. Ayudado D. Hernando por Rodrigo saltó unas tapias bajas que servían de muro á un jardín que lindaba con la calle, y despues ayudó á su vez al criado para que subiese.

Sin detenerse un instante se introdujo en las habitaciones, y apareció cual una sombra fatídica á las puertas de la de su esposa. Alegremente entretenida se hallaba esta Señora con el Comendador D. Jorge, tan desprevenida, tan segura de que no podía ser interrumpida, que ni las luces había apagado.

Confiada en las palabras de su esposo, ni por asomo le había ocurrido duda en que esta ausencia pudiese durar menos de los cinco días que había anunciado. Así es que ninguna precaución, ninguna medida de las que en casos análogos tomarse suelen, habían adoptado. Nada pues se opuso al paso de D. Hernando, que penetró como un loco, y rabioso como un león; al descubrir aquel espectáculo se arrojó sobre el Comendador, que apenas sobresaltado pensó en requerir la espada, cuando ya era un frío cadáver. De allí se revolvió D. Hernando, y entrando en una habitación inmediata, halló á Ana que había despertado al ruido, y que á grandes voces procuraba advertir al desgraciado D. Fernando del peligro que corría. De nada sirvió su diligencia. El Comendador intentó defenderse, pero era imposible hacerlo de una furia, cual en aquel momento lo era el Veinticuatro, y cayó muerto á sus pies atravesado de varias estocadas. Siguióle Ana, que tan fielmente había imitado á Doña Beatriz en sus extravíos.

Parecía que había llegado el último momento de esta desventurada Señora, mas no fue así; el atroz espectáculo que había presenciado, la vista terrible é inesperada de su esposo, la habían privado del sentido, sumergiéndola en un profundo deliquio, y D. Hernando cuyo ultrajado honor pedía no solo sangre sino sangre exemplarmente derramada, no quiso dárla el castigo merecido cuando de el no podía apercebirse. Salióse pues de la habitación, y al dirigirse á las restantes de la casa,

un sordo y ligero ruido que salió de detras de un cofre llamó su atención.

Era el desdichado Galindo, escudero de los Comendadores, que al observar la tragedia que en aquel sitio se representaba, había buscado aquel escondrijo; pero que temiendo despues ser descubierto, y sufrir la misma suerte que su amo, juzgó lo mas acertado el presentarse. Con sentidas razones procuró hacer ver su inocencia, y mover el corazón de D. Hernando. Casi lo consiguió; casi había obtenido su perdón, cuando una observación de Rodrigo, que durante estos sucesos no se había apartado un punto de su Señor, varió la determinación de este, é hizo que el fiel escudero pereciera también.

Cual el lobo rabioso que sorprende al desprevenido aprisco, entra por el, hiere, mata y destroza cuanto por delante encuentra, encendiéndose su sed de sangre á medida que mas sangre vierte, de la misma manera recorrió el Veinticuatro las demas habitaciones de la casa. Tiernos pages, pulidas doncellas, fornidos escuderos, ancianas dueñas, todos perecieron, á nadie perdonó. Quince personas es fama que murieron en aquella noche horrible en espaciación de la mancillada honra.

Algo había calmado el espíritu de D. Hernando esta espantosa carnicería, cuando volvió á la habitación de su esposa, que mientras tanto había vuelto de su desmayo, y contemplaba llena de horror los sangrientos objetos de que estaba rodeada. Al ver entrar á su marido creyó llegada su última hora, y juzgando perdido el cuerpo, procuró salvar el alma. Con sentidas y cristianas razones trató de conmover el corazón de su esposo, que un tanto satisfecho ya las escuchó con benignidad. Un confesor traído en el momento por Rodrigo, de la inmediata parroquia de Sta. Marina fue el último confidente de los estravíos de Doña Beatriz, y el que en nombre del Altísimo la mostró abiertas las puertas del Cielo. No limitó á esto su religiosa diligencia el aterrado sacerdote, sino que puesto de rodillas á los pies del indignado marido, le pidió con eficacia la vida de aquella Señora. D. Hernando le miró friamente, y pareció un poco afectado. Un rayo de esperanza brilló quizás en el corazón de Doña Beatriz; pero bien pronto se dispuso. D. Hernando se dirigió á ella pausadamente, no ya con el furor del delirio, sino con el resentimiento del honor ofendido, y la hundió en el seno un agudo puñal.

Así terminó esta tremenda catástrofe; así concluyó la venganza mas notable que los siglos han presenciado, y que las generaciones futuras han querido á veces juzgar fabulosas.

D. Hernando salió inmediatamente de su casa, y acompañado de su fiel criado Rodrigo, pasó oculta-mente á Francia.

Pronto llegó la noticia de lo ocurrido á oídos del Monarca Español, y como en aquellos tiempos era deber lavar con sangre las afrentas, no dió gran importancia al caso y sin que lo hubiera solicitado, concedió el perdón á D. Hernando, y el permiso para volver á su casa. Restituyóse á Córdoba, y en la guer-

ra con los moros de Granada se distinguió por sus heroicas hazañas.

Aun se muestra en Córdoba la casa en que ocurrió tan extraño suceso.

Todavía se enseñan á los curiosos unas magníficas cuadras, en que se asegura fueron convertidas las habitaciones que ocupaba la sin ventura Doña Beatriz, despues de estar cerradas largo tiempo, por no haber querido nadie residir en ellas.

No hace muchos años que las gentes de aquel barrio contaban despovoridas, que en las noches oscuras y silenciosas se oían lugubres y espantosos gemidos, que aterraban á los vecinos, en las casas del Conde de Priego. Tan honda y duradera ha sido la impresion que dejó la terrible venganza del Veinticuatro Hernando de Córdoba.

MISCELANEA.

UTILIDAD DE LAS ESTAMPAS Y DE SU USO.

Entre todos los buenos efectos que puede producir el uso de las estampas, no referiremos aquí mas que seis, y ellos facilmente harán juzgar de los demas.

1.^o Divertir por medio de la imitacion, representando cosas visibiles.

2.^o Instruir de un modo mas sólido y pronto que la palabra. « Las cosas, dice Horacio, que entran por los oidos, toman un camino mucho mas largo, y conmueven menos, que las que entran por los ojos, las cuales son testimonios mas seguros y fieles.»

3.^o Abreviar el tiempo que se emplearía en volver á leer lo que se hubiese escapado de la memoria, y refrescarla con una sola mirada.

4.^o Representar las cosas ausentes cual si estuviesen ante nosotros, y que no podriamos ver sino á costa de penosos viages y grandes gastos.

5.^o Facilitar el medio de comparar muchas cosas juntas, por el poco lugar que ocupan las estampas, su gran número y su diversidad.

6.^o Formar el gusto por las cosas buenas, y dar por lo menos una tintura de las bellas artes, que no es licito ignoren las gentes decentes.

Aunque en todo tiempo y edad pueda sacarse provecho de la vista de las estampas, la juventud es sin embargo mas apropósito que otra cualquiera; porque el fuerte de los jóvenes es la memoria, y es preciso, en tanto que se puede, servirse de esta parte del alma, para abastecerla y para instruirla en las cosas que han de contribuir á formar su juicio.

Pero si el uso de las estampas es útil á la juventud, da gran placer y entretenimiento á la vejez. Este es un tiempo apropósito para el descanso y las reflexiones, y en el cual, no hallándonos disipados por los entretenimientos de los primeros años, podemos disfrutar con mas placer el gusto que pueden causar las estampas, bien sea que nos enseñen cosas nuevas, ó que nos recuerden las que ya sabiamos; ya sea que aficionados á las artes, juzguemos de las diversas producciones que nos han dejado los pintores y grabado-

res, ya sea que no poseyendo este conocimiento, nos lisonjee la esperanza de conseguirle; ya sea en fin, que no busquemos en aquel placer mas que el de escitar agradablemente nuestra atencion por la belleza de los objetos que las estampas nos ofrecen; hallamos en ellas los países, las ciudades, los sitios notables que hemos leído en las historias, ó que hemos visto en nuestros viages. De modo que la gran variedad y número de cosas raras que en ellas se encuentran, pueden servir de viage, pero de un viage cómodo y curioso á cuantos nunca lo han hecho ni tienen proporecion de hacerlo.

Es pues constante, por lo que acabamos de decir, que la vista de hermosas estampas, instruye á la juventud, recuerda y fortalece los conocimientos de los de edad mas avanzada, y llena agradablemente el ocio de la vejez.

Si en este punto hubiesen tenido los antiguos las mismas ventajas que tenemos en el dia, y por medio de las estampas hubiesen trasmitido cuanto bello y curioso tenían, conoceríamos claramente una infinidad de cosas hermosas, de las cuales solo nos han dejado ideas confusas los historiadores: veriamos los soberbios monumentos de Memfis y de Babilonia, y el templo de Jerusalem, que Salomon en su magnificencia habia edificado. Juzgaríamos de los edificios de Atenas, de Corinto y de la antigua Roma, con mas fundamento todavia y mayor certeza que por los únicos fragmentos que nos han quedado. Pa isanias que hace una descripcion exacta de la Grecia, y que nos lleva, como por la mano, por todas partes, hubiera acompañado sus discursos con figuras demostrativas que hubieran llegado hasta nosotros, y tendriamos el gusto de ver no solo los templos y palacios de aquella Grecia famosa segun estaban en su perfeccion, sino que ademas hubieramos heredado tambien de los antiguos el arte de construirlos bien. Vitruvio, cuyas demostraciones se han perdido, no nos hubiera dejado ignorar todos los instrumentos y máquinas que describe, y no hallariamos en su libro tantos pasages oscuros, si las estampas nos hubieran conservado las figuras que habia hecho, y de las cuales habla el mismo; pues en las artes, son la claridad del discurso, y el verdadero medio como se comunican los autores. Por falta de este medio es como se han perdido tambien las máquinas de Arquimedes, y de Hieron el Antiguo, y el conocimiento de muchas plantas de Dioscórides, de muchos animales, y de muchas producciones curiosas de la naturaleza, que habia descubierto las vigiliias y las meditaciones de los antiguos. Pero sin detenernos á echar de menos cosas perdidas, aprovechémonos de las que nos han conservado las estampas, y que podemos tener á la vista. Nuestros sucesores nos llevarán en esto gran ventaja, y las obras pintorescas que en el dia se publican, serán de mucha utilidad para ellos, como lo serán los descubrimientos hechos por las artes, y cuya exacta descripcion les trasmitirán el buril, la litografia, y los grabados de todas clases.

MADRID.—IMPRESA DE D. F. SUAREZ, PLAZUELA DE CELENQUE 3.